

ASOCIACIÓN BIBLICA ESPAÑOLA



VERBO DIVINO

Revista trimestral de la
Asociación Bíblica Española

Director:

Lorenzo de Santos Martín

Consejo de Redacción:

Jesús García Recio
José Luis Barriocanal Gómez
M^{te} del Carmen Soto Varela
Petro Barrado Fernández

Revisión literaria:

Petro Barrado Fernández

© **Asociación Bíblica Española, 1993**
<http://www.abe.org.es/publicaciones/revistas/resena-biblica>

© **Editorial Verbo Divino**

Printed in Spain

Diseño: Chápitel Comunicación Integral, s.l.l.

ISSN: 1134-5238

Depósito Legal: MU-251-1994

Para suscripción dirigirse a:

RESEÑA BIBLICA
Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra) España
Telf: 948 55 65 10
Fax: 948 55 45 06
publicaciones@verbodivino.es
www.verbodivino.es

PRECIOS PARA 2011

Suscripción España (IVA incluido) 28 €

Suscripción extranjero:

Europa 40/75 €

Otros países 50/50 US \$

Número suelto:

España (IVA incluido) 9 €

En estos precios están incluidos los gastos de envío

Reservados todos los derechos. Nada de lo contenido en la presente publicación
puede ser reproducido y/o publicado mediante impresión, fotografía, copia,
microfilm, o en cualquier otra forma, sin el previo consentimiento por escrito
del Consejo de Redacción y de Editorial Verbo Divino.

CRISIS EN LAS COMUNIDADES JOÁNICAS: 1-3 JN



José Antonio González García

Las tres cartas de Juan son el importante testimonio del esfuerzo de unas comunidades por mantener la autenticidad del Evangelio y la fidelidad a la tradición recibida. Su lucha, en medio de tensiones e incluso convulsiones, es la referencia para nuestras comunidades, en circunstancias, si no iguales, muchas veces similares.

A veces de manera demasiado ingenua pensamos que estas primeras comunidades cristianas eran un remanso de armonía, sin conflictos, sin crisis y sin fracturas.

Pero esto no responde a la realidad. De todas formas, una visión idílica así nos resulta cómoda: colocarnos a las primeras comunidades cristianas en un pedestal tan alto que ya nos sentimos dispensados de seguir su estela.

1. Crisis en las comunidades joánicas

Efectivamente, las comunidades joánicas están en crisis. El título no es exagerado. Así lo ponen de manifiesto las cartas de Juan.

– Hay comunidades que han roto la unidad, encasquillándose en su propia independencia, sin querer saber nada de las demás. Algún ambicioso responsable se niega a aceptar las recomendaciones del “presbítero” y a acoger a sus enviados, expulsando de la iglesia a los que se le oponen. Esta situación es la reflejada en 3 Jn.

– El “presbítero” denuncia la presencia de unos predicadores ambulantes – “seductores”, los llama – que recorren las comunidades joánicas sembrando mensajes contrarios a las enseñanzas de Cristo y a la tradi-

ción recibida. El autor de 2 Jn previene contra ellos, porque ve en peligro el futuro de aquella comunidad.

– Hay miembros destacados de algunas comunidades que presumen de espirituales, pero presentan clamorosas incoherencias entre lo que afirman y lo que hacen. El autor de 1 Jn lo denuncia sin ambages, calificándolos de “mentirosos”.

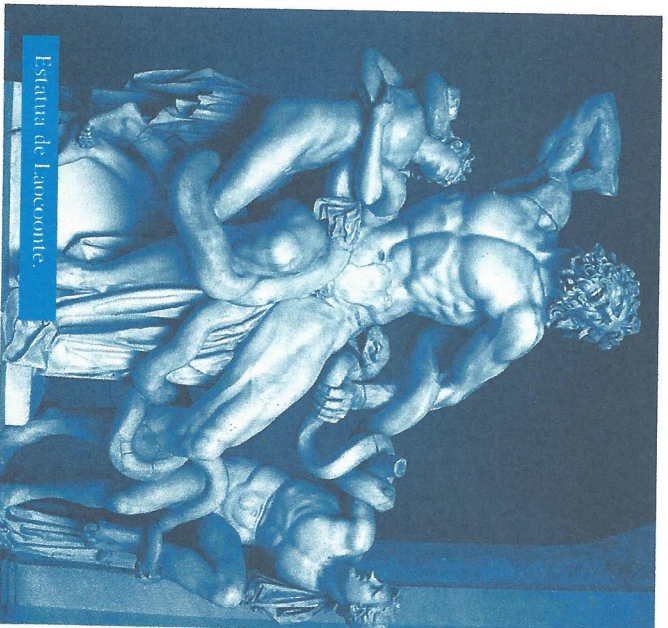
– Por último, en el mismo seno de otras comunidades se producen disidencias tan profundas e irreconciliables que llegan en algunos casos a la escisión (1 Jn 2, 19).

Las tres cartas de Juan intentan reconducir esta situación, cada una a su manera: 2 Jn y 3 Jn, cartas menores por su brevedad, corrigen situaciones concretas, de orden cristológico (2 Jn) o de orden institucional (3 Jn). 1 Jn es diferente: es un escrito más amplio, de más profundo contenido teológico y que abarca un conjunto más amplio de problemas, tratando de poner los puntos sobre las íes, desenmascarando falsedades y exigiendo coherencia.

2. Origen e identificación de esta crisis

Esta situación de crisis que invade las comunidades joánicas no tiene una única causa, sino una confluencia de varias.

a) En primer lugar, *el ambiente del entorno* juega un papel influyente. No era fácil anunciar y vivir el mensaje cristiano en ambientes griegos. La concepción religiosa del entorno griego no favorecía, e incluso impedía, una correcta comprensión del mensaje cristiano. La idea cristiana de revelación resultaba extraña, ya que los dioses griegos no hablaban, sino solo eran poderes sobrehumanos que influían en el destino de los hombres para bien o para mal. El griego piadoso los temía y procuraba aplacarlos. No los escuchaba, porque no enseñaban nada ni exigían comportamientos morales correctos;



Estadua de Laocoonte.

es más, ellos no eran precisamente ejemplos para seguir. Las doctrinas sobre valores y comportamientos morales las dictaban las escuelas filosóficas.

En una situación así, las comunidades cristianas encontraban graves dificultades: era fácil confundir el mensaje cristiano con una nueva corriente filosófica; no resultaba fácil hacer asumir compromisos de actuación moral coherentes con la postura de fe: creían que se podía combinar el ser profundamente espiritual al tiempo que moralmente detestable.

b) En este ambiente tuvo éxito la corriente denominada "gnosticismo", porque su sincretismo permitía la mezcla de muy diferentes elementos, capaces de dar satisfacción tanto a las ansias filosóficas del hombre griego como a la mística religiosa del hombre creyente, y concretamente, en nuestro caso, de miembros de las comunidades joánicas.

No vamos a repetir aquí lo dicho por el profesor Ignacio Rojás en páginas anteriores sobre estas corrientes gnósticas. A nosotros solo nos interesan las implicaciones que estas corrientes tuvieron para la crisis de las comunidades joánicas.

En el momento de las cartas joánicas (décadas de los años ochenta al 100) es preferible hablar de "corrientes" de ideas gnósticas más que de "sistemas" de pensamiento gnóstico, porque tendemos que esperar hasta bien mediado el siglo II para encontrar grupos y textos gnósticos. Pero estos sistemas y textos no nacieron de repente, sino que se nutren de un caldo de cultivo previo; seguramente existió un gnosticismo incipiente, que es el que se deja sentir a finales del siglo I en las comunidades joánicas.

Estas corrientes debieron de rodear a las comunidades joánicas, llegando a deslumbrar a algunos de sus miembros

en determinados puntos, que ahora solo presentamos y que luego iremos desarrollando. Destacamos:

– Las doctrinas gnósticas pretendían transmitir un conocimiento superior a sus iniciados que los capacitara para

entender un proceso de liberación (salvación) personal. En las comunidades joánicas aparecen individuos que dicen poseer este conocimiento y que presumen de gozar de una espiritualidad perfecta: "Ya están en la luz" (1 Jn 2,9).

– Este conocimiento salvador de tipo gnóstico era aportado desde el cielo por seres celestiales. El Hijo de Dios, en cuanto ser celestial salido de Dios, había comunicado este conocimiento místico-espiritual a través de su Espíritu; Jesús en su dimensión terrena no importaba, e incluso era un obstáculo para la divinidad del Hijo de Dios bajado del cielo.

Si, como sostenían las doctrinas gnósticas, la salvación del hombre viene a través del conocimiento, es normal que algunos cristianos de las comunidades joánicas se creyeran ya salvados y no esperaran nada, porque todo se había realizado ya.

c) Pero no hay que cargar toda la responsabilidad de la crisis solamente en el ambiente y en las corrientes de tipo gnóstico. El estudio comparativo de 1 Jn con el cuarto evangelio nos lleva a sospechar que muchas de las desviaciones señaladas se alimentaban de muchas afirmaciones del mismo evangelio.

El evangelio de Juan era el centro del mensaje al que constantemente acudían estas comunidades para alimentar su fe. Tanto el autor de 1 Jn como los disidentes leen este evangelio conscientes de que es la base de su vida cristiana, pero lo interpretan de diferente manera: el autor de 1 Jn lee el evangelio siguiendo la tradición

La concepción religiosa del entorno griego no favorecía, e incluso impedía, una correcta comprensión del mensaje cristiano. La idea cristiana de revelación resultaba extraña. Ya que los dioses griegos no hablaban.

apostólica recibida, y los maestros disidentes lo hacen bajo la influencia de las ideas gnósticas.

El uso casi exclusivo de este evangelio por grupos gnósticos durante el siglo II confirma la existencia de muchas interpretaciones gnósticas del evangelio de Juan ampliamente difundidas y con una notable influencia.

3. Las cartas de Juan denuncian, reprochan y corrigen

A) MALA COMPRENSIÓN DEL MISTERIO DE JESÚS, EL HIJO DE DIOS. DESVIACIONES CRISTOLÓGICAS

“Han irrumpido en el mundo muchos seductores, los cuales no reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre. Entre ellos se encuentran el seductor y el anticristo” (2 Jn 7; cf. 1 Jn 4,1-3).

1 Jn y 2 Jn desenmascararon a una serie de predicadores que trastocan la *confesión de fe sobre Jesús, el Señor*. Dicen que son “muchos”, que abarcan diferentes zonas geográficas (“el mundo”) y que “seducen”, esto es, hacen errar a las comunidades que les siguen.

Eran unos cristianos seguramente ingenuos, encandilados por un lado por la grandeza del misterio de Hijo de Dios, pero atrapados en las redes gnósticas por el otro. La profundidad del pensamiento del evangelio joánico y las categorías griegas del entorno les permitían desarticular una *crisología de alta trascendencia*: Jesús era contemplado desde arriba (“salir de”, “venir de arriba”, “logos”), con lo que fácilmente era confundido con uno de los muchos seres (“cones”) bajados del cielo para contactar con los hombres, como afirmaban las concepciones gnósticas. Así, Jesús corría el peligro de ser con-

fundido con un ser más entre tantos otros, incluso se le aplicaban los mismos apelativos: “el logos” (palabra), “la luz”, “la verdad”... Era un buen intento, pero con funestas consecuencias, porque resultaba absolutamente parcial por un lado y decididamente peligroso por otro.

1) *Absolutamente parcial*, porque no contemplaba el misterio de Jesús, el Hijo de Dios, en su totalidad, ya que su dimensión histórica, su vida terrena, quedaba oscurecida por el “Logos de Dios”, por el ser divino bajado del cielo. Aquellos “seductores” resaltaban la divinidad de Jesús por encima de su humanidad, dejando relegados, incluso silenciados, acontecimientos decisivos del Jesús terreno: su encarnación, su vida, sus palabras, sus opciones y, sobre todo, su muerte en la cruz. Importaba tanto la dimensión divina del Hijo de Dios bajado del cielo que la dimensión humana de Jesús era un obstáculo, por lo que acababa siendo ignorada, negada o concebida como aparente. Es lo que se ha dado en llamar “docetismo”.

2) Y *decididamente peligroso* por varias razones:

– Porque chocaba de frente con la tradición recibida. Esta tradición procedía de los testigos que habían vivido con Jesús y habían percibido, antes que nada, su dimensión humana. A las comunidades habían llegado multitud de relatos de la vida terrena de Jesús: se mencionaban lugares y encuentros, se relataban sucesos, se guardaban sus palabras, se transmitían sus actitudes y, por encima de todo, destacaba la cuidada narración de su proceso y de su muerte en la cruz. Esta tradición constituía la base de la fe y de la vida de las diferentes comunidades. No podía consentirse desde ningún punto de vista que una tradición tan básica fuese descuidada, relegada o silenciada.

*El autor de 1 Jn
lela el cuarto evangelio
siguiendo la tradición
apostólica recibida,
y los maestros disidentes
lo hacían bajo
la influencia
de las ideas gnósticas.*

- Porque el ser de Jesús, al quedar situado como uno más en medio de una cadena de seres celestes que también venían del cielo, dejaba de ser la referencia única y fundamental del cristiano, la identidad que había que seguir y la adhesión para vivir. Se había desvirtuado el fundamento de la fe y se había diluido la grandeza única de su misterio.

- Porque la ausencia de la dimensión humana de Jesús, de su encarnación y de su realidad histórica, impedía valorar tres realidades imprescindibles de la fe, a saber: su muerte como sacrificio salvador, la eucaristía como entrega real de su cuerpo y sangre, y los valores de Jesús como norma de actuación en la vida cristiana.

Se entiende que el autor de las cartas reaccione con dureza contra estas posturas, calificando a sus defensores de "anticristos" (contrarios a Cristo) y de "falsos profetas" (contrarios a la tradición base de la fe) (1 Jn 4, 1); figuras que, al decir de la tradición, aparecerían en los momentos críticos de la consumación final (Mc 13, 22 y paralelos).

El autor de 1 Jn admite y profesa la cristología trascendente del cuarto evangelio, pero la libera de las interpretaciones gnóstico-docetas, recuperando la importancia de la confesión de "Jesús hecho *carne*", juntamente con "Jesús Hijo de Dios". Aunque la fórmula pueda parecer la misma, los acentos se sitúan en puntos bien diferentes:

- los seductores exigían confesar que "Jesús es *el Hijo de Dios*", y el autor de 1 Jn exige confesar que "el Hijo de Dios es *Jesús*" (1 Jn 2, 22. 23; 4, 15; 5, 1. 5; 2 Jn 7);

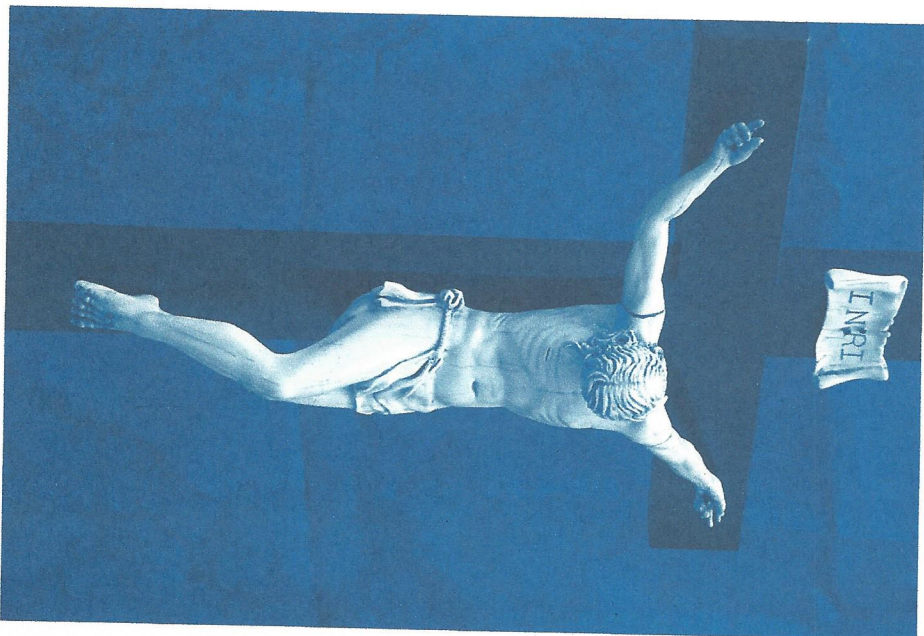
- los falsos maestros ponían el acento en el *Hijo de Dios*, olvidando a Jesús; el autor de 1 Jn pone el acento en *Jesús*, sin olvidar la dimensión de Hijo de Dios.

La confesión de "Jesús venido en carne" es tan decisiva que, para el autor de 1 Jn, es el criterio de discer-

nimiento del auténtico Espíritu frente a la presunción de los "falsos profetas" (1 Jn 4, 2-3), en referencia explícita a los maestros gnósticos.

B) "YA ESTAMOS EN LA LUZ": MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL. DESVIACIONES ESCATOLOGICAS

1) *Identificación de las desviaciones escatológicas.* En este terreno, las desviaciones de los maestros disidentes no





La resurrección de Cristo. El Greco.

aparecen de manera explícita, pero se dejan adivinar con claridad. Los “seductores” se creían ya salvados por su fe y por el conocimiento (gnosis) que decían poseer. No necesitaban nada más: la muerte sacrificial de Jesús no les significaba nada, y la resurrección la entendían solo en el orden espiritual, como una “regeneración”, como un “nuevo nacimiento” equivalente a la conversión que ya habían realizado en el bautismo. *Ya no había nada que esperar en el futuro, porque todo se había realizado.*

Estas doctrinas buscaban apoyos en sentencias del evangelio de Jn, como “el que cree en mí tiene vida eterna... ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24; 6,47.51). Es cierto que el horizonte escatológico del cuarto evangelio, y por tanto de las comunidades joánicas, se situaba *en el presente*: la plenitud ya se ha realizado en la muerte y resurrección de Jesús. Así quedaba solucionado el inquietante problema del retraso de la parusía, que tanto desconcierto creaba en otras comunidades.

Pero los disidentes denunciados en 1 Jn hacían una interpretación sesgada de la escatología joánica, forzando los textos y deduciendo conclusiones desatinadas. Veamos cómo son los cristianos gnósticos a los que ataca 1 Jn:

- Ya se consideran en la perfección: *ya están en la luz* (1 Jn 2,9).
- Por lo que *ya han sido juzgados de forma favorable*, según dice Jn 3,21.
- Ya están *en comunión con Dios* (1 Jn 1,6).
- Ya se creen *hijos perfectos de Dios*.

En definitiva, se sienten más allá del bien y del mal; su salvación ya se ha realizado, ya poseen la plenitud, no tienen ya nada que esperar; han llegado a la perfección absoluta, no tienen que vivir la tensión de la provisión absoluta; se han instalado en una complaciente prepotencia, desde la cual se desprecia a los demás

hermanos. Nada de esto podía fundamentarse en el evangelio de Juan, aunque ellos así lo intentaran.

2) *Las correcciones de 1 Jn.* El autor de 1 Jn reacciona con vigor en tres direcciones: a) denunciando la falsedad de estas posiciones por incoherentes, b) subrayando el valor salvífico de la muerte de Jesús, y c) recuperando la dimensión de futuro de la esperanza cristiana.

– *La denuncia de las falacias por incoherencia.* Una frase insistentemente repetida desmascara estas posiciones: “Si decimos que... mentimos”. Es una *mentira* creerse en comunión con Dios si se camina en las tinieblas (1 Jn 1,5); es un *engaño* no reconocer los propios pecados (1 Jn 1,8), porque quien peca no ha conocido a Dios (1 Jn 3,6); es un mentiroso el que dice que conoce a Dios pero no guarda sus mandamientos (1 Jn 2,3), etc.

– Frente al sentirse salvados por el “conocimiento” (gnosis), el autor subraya el *valor salvífico de la muerte de Jesús*. La mención de la “sangre de Jesús” como medio de “purificación de todo pecado” (1 Jn 1,7) echaba por tierra tanto la pretensión de estar por encima de la miseria del pecado como la actitud de ignorar el valor salvífico de la muerte de Jesús.

De la misma manera, la expresión “*propiciación*” por *nuestros pecados*, proveniente de los sacrificios por los pecados en el templo judío, destaca la muerte de Jesús como expiación de los pecados, de forma similar a lo que sucedía en la fiesta judía del *Yom Kippur* (Día de la Expiación), cuando se “descargaban” los pecados del pueblo sobre un macho cabrío que luego se llevaba a despeñar al desierto.

Pero todavía hay un pasaje más significativo en el que el autor de 1 Jn refuta directamente las concepciones de aquellos maestros gnósticos: “[Jesús] vino

Frente al sentirse
salvados por el
“conocimiento” (gnosis),
el autor de 1 Jn subraya
el valor salvífico
de la muerte de Jesús.

por agua y sangre, no por agua únicamente, sino por agua y sangre” (1 Jn 5,6-7); es clara la alusión a la muerte de Jesús en el Calvario (“[del costado de Jesús] salió sangre y agua” [Jn 19,34]). Es significativa la insistencia en subrayar que “no por agua únicamente”; percibimos en esta insistencia la descalificación de la posición de los falsos maestros, que daban especial importancia al bautismo de Jesús (“agua”), en el cual el Cristo había descendido en forma de paloma sobre el hombre Jesús para abandonarlo después inmediatamente antes de su muerte.

La insistencia en “y sangre también” era un torpedeo en la línea de flotación de aquellos maestros gnósticos; la palabra “sangre” devolvía todo el

realismo encarnatorio de Jesús no solo en su realidad humana (nótese el realismo histórico del “vino”), sino principalmente en el momento cumbre de su acción salvadora, realizada históricamente en la muerte en cruz.

– Por otro lado, a aquellos maestros no les venía mal desinstalarlos de la seguridad que sentían y enfrentarlos con la postura cristiana del que espera confiadamente.

Por eso, el autor de 1 Jn recupera la *dimensión de futuro de la esperanza cristiana* (la escatología en clave futura): avisa de que hay un *día de juicio* ante el que someterse (1 Jn 4,17), que afectará a todos, también (¿especialmente?) a los disidentes; resalta la posibilidad de un desastre cuando él venga, y exige “permanecer en él para que, cuando él venga, no se encuentren *avergonzados*” (1 Jn 2,28); desmonta la seguridad de ser hijos de Dios, porque *aún no se ha manifestado esa filiación en plenitud* (1 Jn 3,2); avisa de las dificultades de la *última hora* (1 Jn 2,18), como

era de esperar, según decían las tradiciones primitivas, y aplica a esos falsos maestros los términos de “anticristos” y “falsos profetas” de los últimos tiempos (1 Jn 2,18,22; 4,1-3), como anunciaban las expectativas escatológicas para los momentos finales (cf. Mc 13,22; 2 Tes 2,1-12).

C) “SI UNO DICE: “AMO A DIOS”, Y ODI A SU HERMANO, ES UN MENTROSO”. DESVIACIONES ÉTICO-MORALES

Estamos ante una de las áreas más conflictivas, más desconcertantes y, quizá por eso, mejor documentadas. Los adversarios de corte gnóstico presentan una llamativa incoherencia entre lo que afirman y lo que hacen.



Cain matando a Abel. Doré.

Puede parecernos extraña esta situación en personas que dicen poseer una alta espiritualidad. Pero, si echamos la vista atrás, enseguida nos damos cuenta de que es consecuencia natural de las situaciones anteriores: la autosuficiencia de quienes creen estar en la luz, sin pecado, en comunión con Dios, poseedores de todo conocimiento, no les permite bajarse al compromiso de la realidad cotidiana. Su espiritualismo descarnado les sitúa por encima de los demás y de cualquier obligación para con ellos.

El autor de 1 Jn reacciona con decisión contra estos falsos maestros repitiendo la ya conocida frase de “si decimos que... pero... mentimos” (1 Jn 1,6.8.10; 2,4.6.9; 4,20), poniendo al descubierto la falsedad de los cristianos que pronuncian muchas palabras y tienen en su haber pocos hechos, por lo que expresamente son amonestados: “Hijos míos, no amemos de palabra y con la boca, sino con hechos y de verdad” (1 Jn 3,18).

Son varios los puntos de incoherencia que 1 Jn denuncia. Entre otros destacan tres: no admiten que tengan pecado; no sienten amor por los hermanos; no prestan atención a los mandamientos.

1) *No admiten que tengan pecado* (1 Jn 1,8-10; 3,3-10; 5,16-18). Seguramente estos disidentes pensaban que el hecho de ser hijos de Dios les hacía inmunes a cualquier pecado, siguiendo la convicción de que “quien ha nacido de Dios no peca” (1 Jn 3,9), que ellos entendían como un seguro, mientras que el autor de 1 Jn lo entendía como una exigencia.

1 Jn califica esta pretensión como un engaño a sí mismos y como una ausencia de verdad (1 Jn 1,8). 1 Jn tiene que combatir dos actitudes: por un lado, la pretensión espiritualista de estar libres de pecado y, por otro, la displacencia y el descompromiso moral de aquellos miembros. Es fácil suponer la difícil relación intracomunitaria con miembros de este estilo.

2) *No sienten amor por los hermanos.* La falta de amor al hermano (1 Jn 2,9-11; 4,7-20), más en concreto la no compasión ante el hermano necesitado (1 Jn 3,17), es la incoherencia más destacada y, por tanto, la que mejor resalta la falsedad de las posiciones gnósticas.

La exigencia del amor fraterno es un tema recurrente en 1 Jn (2,9-11; 3,11-24; 4,7-21; 5,1-2), ya sea en plan polémico, para rechazar la indiferencia moral de los adversarios gnósticos y dejar al descubierto la falsedad de sus posiciones, ya sea en plan positivo, para definir el sello de autenticidad de una comunidad verdaderamente cristiana.

Pero aún hay más. La mención del “odio al hermano” (1 Jn 2,9), con el agravante de la referencia al “homicidio” al estilo de Caín (1 Jn 3,11-15), indica las fuertes tensiones, posiblemente encarnizadas luchas, en el seno de las comunidades joánicas: la falta de amor al hermano no se reducía a una simple indiferencia, sino que derivaba en actitudes hostiles y en acciones destructivas en contra de los miembros que no seguían a los maestros gnósticos. Esto se daba realmente: 3 Jn es un caso significativo de que la hostilidad irreconciliable conllevaba una ruptura de la comunión.

3) *No guardan los mandamientos.* No hay por qué entender que estos maestros fueran unos libertinos, ya que no se les atribuyen vicios concretos (las menciones de 1 Jn 2,15-17 no les afecta directamente a ellos) ni se les aplican las listas de vicios existentes, como sucede en otras cartas.

Más que combatir conductas concretas licenciosas, lo que se destaca en primer plano es que estos maestros *no conceden ninguna importancia salvífica a la conducta ético-moral*. Esto, que para nosotros resulta inconcebible, era consecuente con las doctrinas cristológicas que aquellos disidentes profesaban. Si todo el peso de la salvación reside en la luz, la verdad y la vida que ha traído el Hijo de Dios en su venida al mundo, y que los cristianos ya comparten desde el bautismo, consecuentemen-

te la vida terrena de Jesús no tiene importancia salvífica y, por tanto, las actitudes, enseñanzas y valores vividos y transmitidos por él no pasan de ser las opciones de cualquier maestro en humanidad, al estilo de otros maestros de escuelas filosóficas del entorno. De ahí que los mandamientos, derivaciones de las enseñanzas de Jesús, no tengan especial obligatoriedad moral, y menos aún consecuencias salvíficas.

Como siempre, el autor de 1 Jn reacciona sin contemplaciones. No deja respiro a sus oponentes y da donde más les duele, echándoles en cara la falsedad de una pretendida perfección espiritual que no tiene en cuenta los mandamientos. Si no guardan los mandamientos, afirmar que conocen a Dios es mentira (1 Jn 2,3-4); permanecer en Dios y Dios en ellos sin guardar sus mandamientos es imposible (1 Jn 3,24; 4,12); no hay amor a Dios si no se guardan sus mandamientos (1 Jn 5,3). Difícilmente se podía ser más directo, claro y contundente.

4. El final de las comunidades joánicas: ¿escisión?

Seguramente, a estas alturas nos sentimos interesados en saber cómo acabó toda esta situación conflictiva. Hay que reconocer que poco más sabemos sobre las comunidades joánicas.

Pero podemos avanzar algún paso más. Es de suponer que la prepotencia espiritual de aquellos maestros disidentes no les permitió aceptar las amonestaciones y los avisos de las cartas de Juan. Si fue así, no cabe más salida que la ruptura.

Y seguramente así fue. *1 Jn permite entrever una ruptura en el seno de la comunidad* (1 Jn 2,19; 4,1). El autor de 1 Jn (2,19) reconoce expresamente que “han salido de entre nosotros unos anticristos”: los disidentes provienen o han sido miembros de las comunidades joánicas. Es cierto que:

– Se han apartado de la línea doctrinal de la comunidad y se han situado al margen de la fe tal como ella la profesaba y la vivía. Esta separación espiritual, doctrinal y afectiva hace que se diga: “No eran de los nuestros”. Se había roto la comunión de fe y, consecuentemente, la unidad comunitaria;

– Pero aún se añade: “Si hubieran sido de los nuestros, se habrían quedado con nosotros”. Es claro que no solo se ha roto la comunión espiritual, sino que se han separado físicamente de la comunidad. Habían roto cualquier lazo de comunión, incluso físico. Se habían situado fuera de la comunidad, como denuncia 3 Jn: habían optado por la fragmentación.

Así pues, es razonable deducir una escisión en la comunidad o comunidades joánicas. No sabemos qué fue del grupo disidente ni de los que permanecieron fieles siguiendo los consejos de 1 Jn. Pero podemos aventurar una hipótesis –simplemente una hipótesis–, aunque con algunos tenues fundamentos.

a) Existió un *grupo secesionista*, separado del resto de las comunidades, que toma su propio rumbo, que sigue en las posiciones doctrinales que hemos visto y que aún goza de cierta influencia en las comunidades de las que procede, lo que motiva las reacciones del autor de 1 Jn.

Este grupo secesionista seguramente es la semilla de los grupos gnósticos y docetas que en el siglo II usan el cuarto evangelio como un escrito que les pertenece en propiedad y que solo ellos entienden. San Ireneo (*ca.* 180) tiene que desmontar la afirmación de que el cuarto evangelio es obra de un gnóstico llamado Cerinto, que propugnaba las doctrinas cristológicas que hemos reflejado.

Por la afirmación de una autoría gnóstica, y sobre todo por el secuestro gnóstico, el evangelio de Juan estuvo a punto de ser rechazado como un evangelio apócrifo. Ireneo entra en dialéctica con estos grupos, demostrando que los gnósticos deducían del evangelio de Juan doctrinas que no estaban ni en el texto ni en el pensamiento de Juan.

Fue el gran peso de la personalidad de Ireneo lo que hizo que este evangelio no se perdiera: lo rescató de los ambientes gnósticos y lo recuperó para la Iglesia, dejando claro que este evangelio, a pesar de su diferencia con los sinópticos, también representa la tradición apostólica; esto se expresó afirmando la autoría de Juan, un miembro de los Doce.

b) Podemos suponer, aunque para esto no tenemos datos, que *el grupo fiel al autor de 1 Jn* acabó integrándose en la “gran Iglesia”, que ya alboreaba a finales del siglo I y comienzos del II, como muestra el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles.

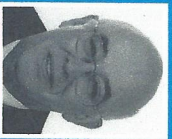
Quizá en este momento se añada al cuarto evangelio el capítulo 21, destacando el papel de Pedro como el que había recibido de Jesús resucitado el encargo de pastorear a todos, también a estas comunidades joánicas que, después de las tormentas, buscaban la paz.

Entonces estas comunidades, cuyo tormentoso itinerario hemos seguido, encuentran en el resto de las comunidades el ambiente de autenticidad por el que tan denodadamente habían luchado. Ahí quedaba su esfuerzo por mantenerse en la fidelidad al “Evangelio”. Su aportación es importante: en medio de las tormentas han sabido encontrar el rumbo. ■

Pistas de trabajo

- 1 Lee cada una de las cartas prestando atención a las dificultades que en ellas se plantean según se expone en el nº 1 de la página 16.
- 2 Busca imágenes o representaciones de Jesús que puedan correr el riesgo de ser confundidas con las desviaciones cristológicas que se señalan en el punto 3: *las cartas de Juan denuncian, reprochan y corrigen* (pp. 18-23).

ELEMENTOS TEOLÓGICOS EN LAS CARTAS JOÁNICAS



José Fernández Lago

Según las cartas de Juan, una relación clave para comprender la existencia del hombre es la que se establece con Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Diferentes aspectos y comportamientos se encuentran en estas cartas que señalan la fe y comunión del hombre con Dios como el amor, la verdad, el conocimiento o, por el contrario, el rechazo y la lejanía entre ambos expresados en el Maligno, el Anticristo, el mundo, el pecado. Los elementos teológicos que manifiestan esta relación son los que se analizan en este artículo.

1. Seres ultramundanos

A) LA TRINIDAD DIVINA

En las cartas de Juan, así como en el cuarto evangelio, hay una preocupación fundamental por Cristo y en general por todo lo que tiene que ver con Dios. El autor quiere hablar de Dios teniendo en cuenta lo que reveló Jesús. De esta forma, la preocupación por la autorrevelación de Cristo, que era fundamental en el cuarto evangelio, se deja sentir también de modo claro en las cartas joánicas.

Teniendo en cuenta esta disposición del autor de las cartas, hemos de pensar que Dios, ya sea el Padre, el Hijo o el Espíritu, es un personaje clave, aunque no sea el único, en la existencia del hombre.

En concreto, se alude a *Dios* como el que nos manda creer en su Hijo y amarnos unos a otros como él nos ha amado (1 Jn 3,23). El primer mandamiento adquiere, pues, dos dimensiones distintas, aunque complementarias: el reconocimiento de la divinidad de Jesús y el mandato del amor a los hermanos. El reconocimiento de Cristo como Hijo es tan importante que quien lo niega no tiene comunión con el Padre, mientras que quien profesa la fe en el Hijo tiene comunión con el Padre (1 Jn 2,23).

Dios es amor, y ese amor es previo al que nosotros podamos tenerle a él, ya que Dios nos ha amado primero (1 Jn 4,19) al darnos a su propio Hijo, para que nos consiguiésemos la vida y perdonásemos nuestros pecados (1 Jn 4,9-10).

El Padre, al que se llama Dios, no solo es amor, sino también luz, sin mezcla de oscuridad (1 Jn 1,2). Él da testimonio de su Hijo, de suerte que, al venir de Dios ese testimonio, si lo aceptamos, estamos acogiendo lo que Dios nos ofrece (cf. 1 Jn 5,10). En cambio, si no aceptamos ese testimonio que Dios da de su Hijo, estamos haciendo mentiroso a Dios (1 Jn 5,10). El testimonio que Dios da consiste en entregarnos la vida eterna, la vida que está en su Hijo (1 Jn 5,11). De ahí que quien tenga a su Hijo tiene la vida, mientras que quien no lo tenga no tiene la vida (1 Jn 5,12-13).

Cierto que es necesario “conocer a Dios”. No basta para ello saber algo sobre su existencia o sobre lo que Dios quiere del hombre. Conocen de verdad a Dios quienes han recibido su unción y cumplen sus mandamientos. Ello da confianza a los creyentes para acercarse a él (1 Jn 2,3; cf. 2,20; 3,22).

Dios nos manda creer en el *Hijo* (1 Jn 3,23). Juan se queja de lo que dicen los docetas, que, sin tener en



cuenta lo que los discípulos de Jesús han visto y oído, consideran que la carne de Cristo no era verdadera carne: por eso afirma el autor de 1 Jn que “todo espíritu que profesa que Jesús ha venido en carne mortal procede de Dios” (1 Jn 4,2). La vida, dice el mismo autor, se nos ha manifestado en Jesús, hasta el punto de que nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella. Esa vida es la vida eterna, que estaba en la intimidad del Padre y que se nos ha manifestado (1 Jn 1,2).

En virtud del Hijo hemos llegado a saber lo que es el amor, ya que él ha dado la vida por nosotros (1 Jn 3,16). Esto no podemos menos que hacernos recordar la afirmación de Jesús recogida por el autor del cuarto evangelio: “Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

El Señor nos ha dado parte en su *Esíritu*: por ello sabemos que estamos en comunión con él y él con nosotros, por el *Esíritu* que nos ha dado (cf. 1 Jn 4,13). San Pablo lo dirá de otro modo, pero significando lo mismo: sabemos que somos hijos de Dios por el *Esíritu* que nos ha dado, por el cual clamamos a Dios llamándole Padre. No podemos hacer caso a cualquier *esíritu*, pues no todos vienen de Dios. Hemos de distinguir entre el *esíritu* de verdad y el *esíritu* del error (1 Jn 4,6). Desde luego, el *Esíritu* da testimonio, un testimonio acerca de su Hijo, que hemos de aceptar gustosos, pues viene de Dios (1 Jn 5,9).

B) EL MALIGNO (O DEMONIO), EL ANTICRISTO Y LOS ANTICRISTOS

El *Maligno* realiza desde el comienzo obras malas, hasta el punto de que se perciben como procedentes de él las obras de Caín o de quien le imita. De Caín se

dice que mató a su hermano porque, mientras las obras de su hermano eran buenas, él realizaba, en cambio, las obras del demonio (cf. 1 Jn 3,12). Como se dirá del mundo, del que se afirma que nada de lo que hay en él viene del Padre, otro tanto se dice del *Maligno*, pues sus criterios, lejos de procurar el bien de los hombres, buscan su mal.

Los jóvenes lo han vencido (1 Jn 2,13), porque son valientes y llevan dentro de sí la Palabra de Dios (1 Jn 2,14). Se ve claramente de qué modo hay que vencer al *Maligno*: con la Palabra de Dios en el corazón y con una actitud valiente, confiando en el Señor.

El *Maligno*, como se desprende de lo dicho, provoca en los hombres una connotación que conduce a un error de tipo doctrinal, más que moral.

El *esíritu* del *Anticristo*, según afirma el autor de 1 Jn, consiste en no profesar que Jesús ha venido en carne mortal (1 Jn 4,3). También identifica al *Anticristo* con el que niega que Jesús sea el Mesías (1 Jn 2,22). Así pues, el *Anticristo*, al igual que hemos dicho respecto del *Maligno*, tiene para el autor de 1 Jn un valor doctrinal más que moral. Algo semejante sucede también en 2 Jn. El autor se queja de los seductores o *Anticristos*, que no profesan que Jesús vino en carne mortal (2 Jn 7). Quien sale del camino y no sigue la doctrina de Cristo no tiene a Dios consigo, mientras que quien sigue la doctrina tiene con él al Padre y al Hijo (2 Jn 9). El autor llama también a no hacerse cómplice del que traiga esa doctrina, sino más bien a rechazar sus propuestas, hasta el punto de no acogerle para evitar seguirlo (2 Jn 10-11).

El autor de 1 Jn nos dice que hay muchos *anticristos*, que salieron de ellos, aunque no eran de ellos (1 Jn 2,18-19). Muchos, salidos de entre ellos, son falsos

El Señor nos ha dado parte en su Esíritu: por ello sabemos que estamos en comunión con él y él con nosotros, por el Esíritu que nos ha dado (cf. 1 Jn 4,13).

profetas (1 Jn 4,1). Son los que se desvían por sendas tortuosas, especialmente en el ámbito doctrinal.

2. El mundo

Nada de lo que hay en el mundo viene de Dios (1 Jn 2,16), por lo que en aquel que quiera bien al mundo no puede estar el amor del Padre (1 Jn 2,15). Si el mundo no tiene nada que ver con Dios, y el mundo no le reconoció, como dice el prólogo del cuarto evangelio, el mundo tampoco reconocerá ahora a los que son de Dios (cf. 1 Jn 3,1). Los ejecutores del sentir del mundo son los Anticristos, que pertenecen al mundo, hablan de modo mundano y el mundo los escucha (1 Jn 4,5).

Por eso no hemos de admirarnos si los Anticristos tienen odio a los cristianos (cf. 1 Jn 3,13). En cualquier caso, el mundo pasa, con sus ansias y demás preocupaciones, al revés de lo que sucede con quien cumple la voluntad de Dios, que permanece para siempre (1 Jn 2,17). El autor de 1 Jn dice aquí, con otras palabras, lo que indica el autor del cuarto evangelio al manifestar que quien comete el pecado es un esclavo, y el esclavo no se queda en casa para siempre, mientras que el hijo sí que permanece en la casa para siempre (cf. Jn 8,34-35). También se asemeja al modo de presentar a Jesús, manifestando a sus enemigos que ellos son de aquí abajo, mientras que él es de arriba, ellos son de este mundo y él no, y que morirán en sus pecados si no creen en él (Jn 8,23-24). Así pues, a diferencia de lo que acontece con el Maligno, “el mundo” tiene un valor más bien moral que doctrinal: es el prototipo de aquellos que siguen los criterios terrenos, materiales, y que por tanto no son sensibles a los dones espirituales.

El modo de terminar con el mundo, infligiéndole una derrota total, es vivir la fe (cf. 1 Jn 5,4). Quien cree que Jesús es Hijo de Dios derrota al mundo (1 Jn 5,5). Se ve que quien vive la fe se opone al mundo, en cuanto que cumple los mandamientos y rechaza al Maligno, pues cree en Jesús como Hijo de Dios.

3. Realidades inmateriales que ha de hacer suyas el creyente

A) LA LUZ

Es propia de Dios, quien no tiene mezcla alguna de oscuridad. Dios comunica su mensaje a los discípulos de Jesús (cf. 1 Jn 1,5), y, en virtud de ese mensaje recibido y transmitido, nos hacemos participantes de esa luz. Ya en el cuarto evangelio se indica que los judíos intentaron gozar unos instantes del resplandor de Juan Bautista, hasta el momento en que llegó Jesús, que es la verdadera luz, la que alumbra al hombre que viene a este mundo.

Sin embargo, vivir en la luz no afecta solamente a nuestra relación con Dios. Por el contrario, si vivimos en la luz, “estamos en comunión unos con otros” (1 Jn 1,7). Así pues, vivir en la luz es propio de quien acepta y acoge a Jesús, que es “la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9).

B) EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Puede decirse que “quien obra el mal no ha visto nunca a Dios” (3 Jn 9-10). En cambio, quien cumple sus mandamientos sí conoce a Dios (1 Jn 2,3).

A diferencia de lo que acontece con el Maligno, “el mundo” tiene un valor más bien moral que doctrinal: es el prototipo de aquellos que siguen los criterios terrenos, materiales.

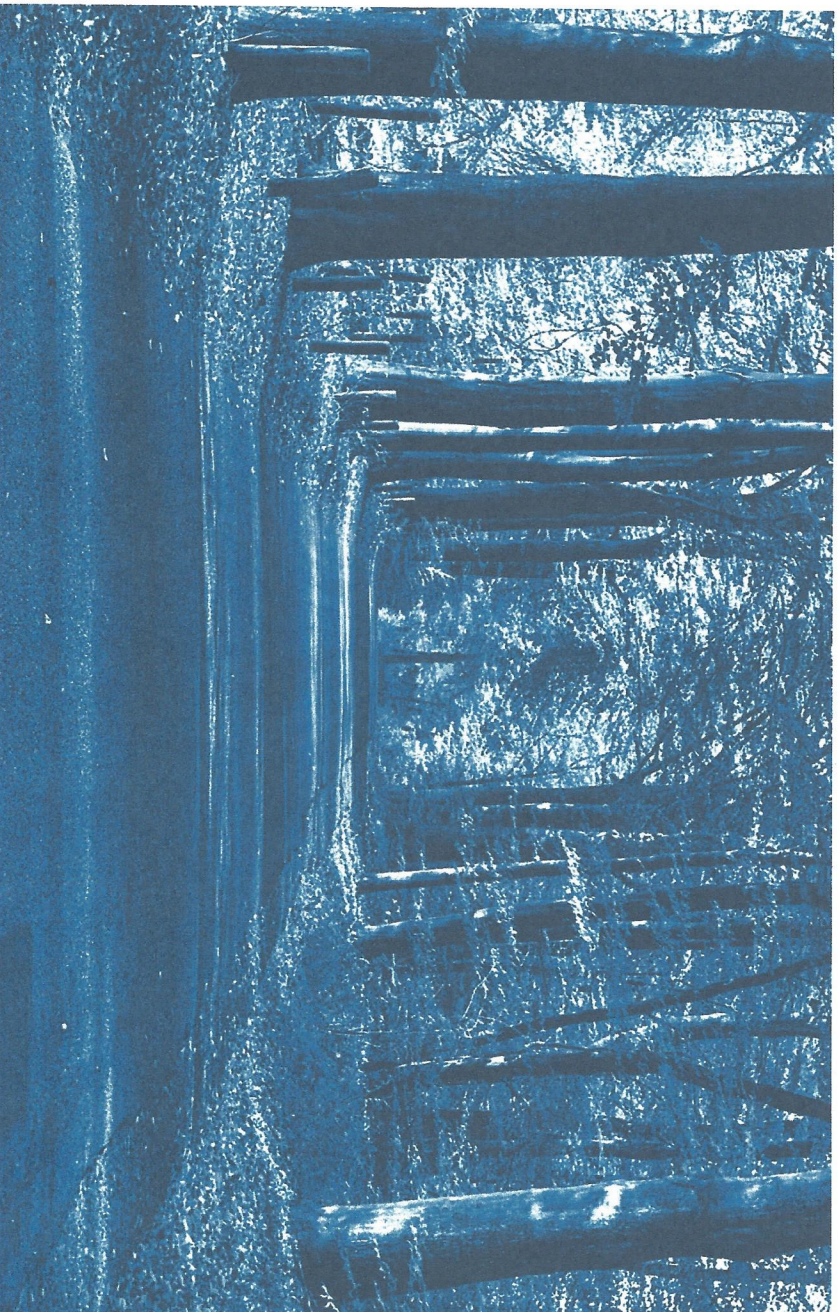
Respecto a lo que atañe a los otros cristianos, sucede que quien es de Dios y conoce a Dios los escucha, mientras que quien no es de Dios no los escucha (1 Jn 4,6).

c) LA VERDAD

El que niega que Jesús es el Mesías es un mentiroso, es el Anticristo, pues niega al Padre y al Hijo (1 Jn 2,22), y no tiene en sí la verdad revelada (1 Jn 2,4). En cambio, quien tiene la unción de Cristo conoce la verdad, y de esta no salen mentiras (1 Jn 2,21).

La verdad es uno de los grandes temas de 2 Jn. Ya en los primeros versículos de la carta se alude a ella, para indicar que se reconoce en lo que se ama y está dentro de nosotros, los creyentes. Es algo, pues, que procede de Dios, ya que, como consecuencia de la verdad y del amor, nos acompaña la misericordia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Quien vive “en la verdad” vive de acuerdo con el mandato del Padre y llena de gozo al autor de la carta (2 Jn 1-3). Por el contrario, quien se sale del camino y



no sigue la doctrina de Cristo no tiene a Dios consigo (2 Jn 9).

“Vivir en la verdad” es un tema importante en 3 Jn. De hecho, el autor se dirige a Gayo y le manifiesta la alegría que siente al ver que vive en la verdad (3 Jn 1-4). Todo ha de hacerse según la verdad: por eso el testimonio que ofrece el autor de 3 Jn sobre Demetrio es “conforme a la verdad” (3 Jn 12).

Así pues, de modo semejante a lo que se indica en el cuarto evangelio, la verdad es una realidad que procede de Dios y que responde a la esfera divina, mientras que el error y la mentira son propios del ámbito de Satanás y de los espíritus que le acompañan.

D) EL AMOR

Viene de Dios, pero se recibe en el hombre por medio de la palabra. Cuando el hombre guarda la palabra divina en su corazón, el amor de Dios llega al máximo (1 Jn 2,5). Por eso en 2 Jn se indica que el amor consiste en vivir según los mandamientos. Si el autor de 2 Jn pide a “la Señora” que se quieran bien unos a otros, de acuerdo con el mandato del Señor recibido desde el principio, ello quiere decir que “vivir en el amor” equivale a cumplir los mandamientos (2 Jn 6).

Dios no solo nos manda que creamos en su Hijo, sino también que nos amemos los unos a los otros, como él nos ha amado (1 Jn 3,23). Vivir según la caridad, incluso con aquellas personas con las que no se tiene especial trato, es algo que llena de satisfacción al autor de 3 Jn. De hecho, este alaba a Gayo por haber sido tan sensible con personas a las que no trataba, equipándolas desinteresadamente para el viaje, de suer-

te que no tuvieran que acudir a los paganos en busca de ayuda (3 Jn 5-8).

El tema de la caridad cristiana es, pues, otro de los grandes temas joánicos, que el discípulo amado ha recogido de las alocuciones de despedida de Cristo en el cenáculo, e implica no solo amarse unos a otros, sino la semejanza con ese amor que Cristo nos ha demostrado (cf. Jn 15,9-15).

E) EL PECADO Y EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El verdadero pecador es el demonio, pues lo fue desde el principio (1 Jn 3,8). Sin embargo, mientras que el justo imita a aquel que es justo, tampoco cabe duda de que “es del demonio” el que comete el pecado, pues imita en su modo de actuar al que era pecador desde el comienzo (1 Jn 3,7-8). El Hijo de Dios se manifestó para terminar con las obras del demonio (1 Jn 3,8).

Viene del demonio el que hace como Caín, que mató a su hermano porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas. Sus obras eran de ese modo “obras del demonio” (1 Jn 3,12). En cambio, la sangre de Jesús nos purifica de los pecados (1 Jn 1,7) y nos predispone a todo lo que es bueno. La maldad de

Caín se prolonga en aquel que lleva el odio en su corazón, de suerte que quien actúa de ese modo se vuelve un asesino, y ningún asesino lleva en sí vida eterna (1 Jn 3,15). Se percibe la contraposición entre el asesino, que no merece la vida, y la vida eterna, que Dios da a quienes aman de verdad.

Hemos de reconocer que en nosotros existe el pecado, pues, si consideramos que no lo tenemos, no estamos en la verdad (1 Jn 1,8), y además estamos dejando

*De modo semejante
a lo que se indica
en el cuarto evangelio,
la verdad es una realidad
que procede de Dios
y que responde a la esfera
divina, mientras que
el error y la mentira son
propios del ámbito
de Satanás y de los
espíritus que le acompañan.*

a Dios por mentiroso (1 Jn 1,10), a él, que ha venido para librarnos del pecado.

Si reconocemos nuestras culpas, el Señor, que es fiel y justificador, nos perdonará nuestros pecados y nos librará de nuestra maldad (1 Jn 1,9). En la tradición sinóptica se dice que, cuando uno acude a Dios reconociéndose pecador, el Señor le perdona, de modo que puede irse a casa justificado. En cambio, si uno se considera justo hasta el punto de no necesitar ser perdonado, vuelve a su casa en la condición de pecador, pues no le ha pedido a Dios el necesario perdón (cf. Lc 18,9-14). Aunque el que peca se rebela contra Jesús, él se

prestó a borrar nuestros pecados, hasta el punto de librarnos de nuestra maldad (1 Jn 3,5; cf. 1,9). El Señor nos exhorta a no pecar. Sin embargo, en el caso de que pequemos, nos defenderá ante el Padre nuestro señor Jesucristo, el “justificador”, que expía nuestros pecados y los de todo el mundo (1 Jn 2,1-2).

A los que han logrado el perdón, Jesús los librará de su maldad (1 Jn 1,9). De este modo, el que sigue en comunión con él rechaza el pecado, hasta el punto de poder pensar que quien peca no ha visto ni conocido al Señor (1 Jn 3,1). Todo el que tiene puesta la esperanza en Jesús trata de vivir una vida limpia, como él la vivió



(1 Jn 3,3). Debido a que Cristo es “justificador”, todo el que hace lo que es justo es hijo de Dios (1 Jn 2,29). De ahí que la vida del cristiano ha de ser una vida en la luz, en comunión con Cristo y en comunión con los hermanos.

La vida eterna existía en la intimidad del Padre, pero Jesús nos ha dado a conocer su existencia. Gracias a Cristo, en cierto sentido la hemos visto ya, y damos

testimonio de ella (1 Jn 1,2). De todos modos, esperamos el momento en el que el Señor se manifieste definitivamente en gloria. Cuando eso suceda, seremos semejantes a Dios, pues lo veremos tal cual es (1 Jn 3,2).

4. Raíces de la conducta que debe tener el cristiano

A) NACER DE DIOS

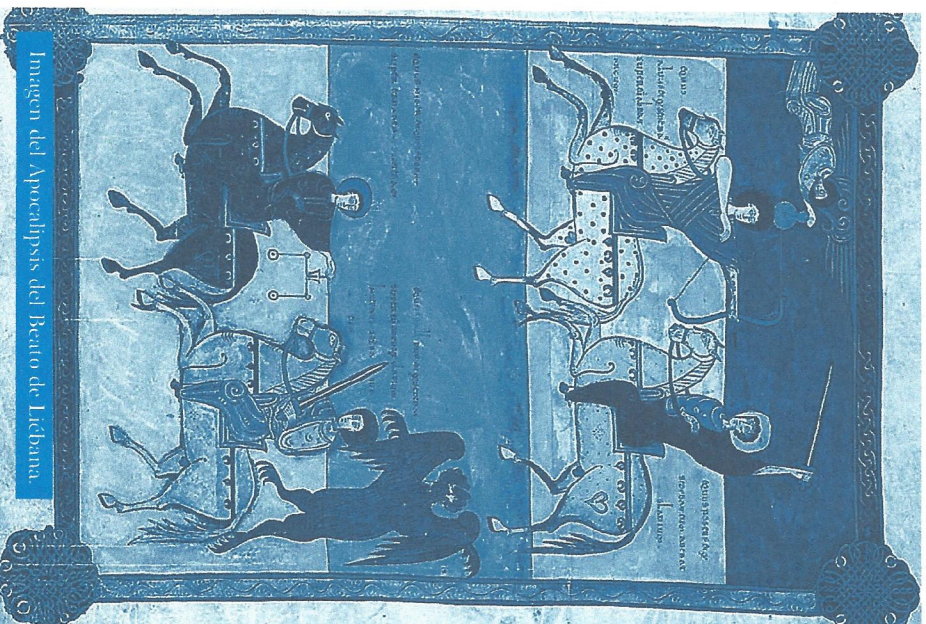
Quien ha nacido de Dios ya no comete pecado, pues la semilla de Dios queda en él y ya no puede pecar (1 Jn 3,9; 5,18). Los hijos de Dios y los hijos del demonio se distinguen según el nacimiento (1 Jn 3,10). Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor (1 Jn 4,7). Todos cuantos creen que Jesús es el Mesías han nacido de Dios (1 Jn 5, 1). Los mandamientos de Dios no son pesados, porque el nacer de Dios nos permite vencer al mundo (1 Jn 5,3-4).

B) VENIR DE DIOS

Quien no hace lo que es justo no viene de Dios (1 Jn 3,10). Nosotros, en cambio, venimos de Dios (1 Jn 5,19), como todo el que obra el bien (3 Jn 9-10), ya que el amor viene de Dios (1 Jn 4,7). Así pues, quien hace suyo el amor responde al mensaje que ha oído desde el comienzo y demuestra haber pasado de la muerte a la vida al amar a los hermanos. De hecho, el que no ama permanece en la muerte (1 Jn 3,14). El gran amor de Dios hacia nosotros requiere que nosotros nos amemos unos a otros (1 Jn 4,12).

C) SER DE DIOS

Quien es de Dios y conoce a Dios nos escucha; quien no es de Dios no nos escucha (1 Jn 4,6). Jesús llegó a



discutir abundantemente con los judíos sobre la procedencia de estos. Aunque ellos se consideraban “hijos de Abrahán”, al descender de él según la carne, no se parecían en nada al patriarca. De ahí que Jesús llegara a la conclusión de que no eran ni de lejos “hijos de Abrahán”, sino que más bien procedían del diablo. La razón estribaba en las obras que realizaban. Si fueran hijos de Abrahán, realizarían las obras de Abrahán; pero ellos realizaban más bien las obras del diablo, que era malo desde el principio (Jn 8,39-45).

D) LA UNCIÓN

Todos los que forman parte del pueblo cristiano han recibido del “Santo” una unción, de modo que todos ellos tienen “conocimiento” (1 Jn 2,20). El que la realiza es el Mesías. Entre las palabras de Jesús al pronunciar el sermón del pan de vida se encontraban unas procedentes del Antiguo Testamento, donde se afirmaba que todos serían enseñados por Dios (Is 54,13; Jr 31,33-34; cf. Jn 6,45). San Pablo dirá que Dios nos ungirá para sí (2 Cor 1,21), mientras que el autor del Apocalipsis se referirá, en cambio, a una muchedumbre inmensa de sellados que, en virtud de ese sello, podrán afrontar una situación muy delicada y se verán libres de muchos males (cf. Ap 7,3).

E) ESTAR EN DIOS

Se trata de la estrecha sintonía entre el creyente y el Señor. San Pablo lo dice repetidamente cuando emplea la expresión “en Cristo”. También san Juan alude a ello, aunque de modo un tanto distinto. Para él, “estar en Dios” equivale a estar unido a Cristo, como están unidos los sarmientos a la vid.

Los cristianos conocemos que “estamos en él” si guardamos su palabra, de suerte que entonces el amor de Dios llegue de verdad a su plenitud (1 Jn 2,5).

F) PERMANECER EN DIOS

Este tema, joánico por antonomasia, se desarrolla también en 1 Jn. En la carta se indica que “si nos queda dentro lo que aprendimos desde el principio, también nosotros permaneceremos en el Hijo y en el Padre” (1 Jn 2,24). Es este un modo distinto de decir que si los sarmientos no están unidos a la vid, no sirven más que para ser quemados, cosa equivalente a lo que

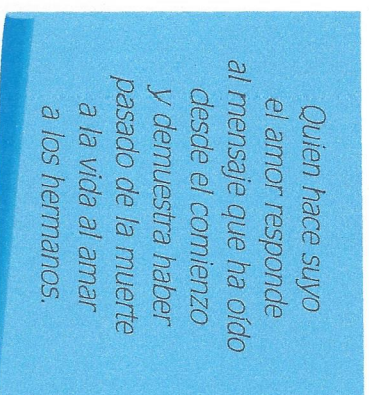
sucede si nosotros no estamos unidos a Cristo (cf. Jn 15,4). La permanencia en Cristo es fruto de la unción del Señor. Merced a ella no necesitamos que nadie nos enseñe nada, y podemos permanecer en él (1 Jn 2,27).

A veces se dice “permanecer en comunión con Dios”. Quien cumple los mandamientos está en comunión con Dios y Dios en comunión con él (1 Jn 3,24). Y sabemos que estamos en comunión con él por el Espíritu que nos ha dado (1 Jn 3,24). Si uno dice que permanece en unión con Cristo, tiene que comportarse como Jesús se comportó (1 Jn 2,6). Si continuamos en comunión con Dios, cuando él vuelva no nos sentiremos fracasados (1 Jn 2,28).

Permanecen en el Hijo y en el Padre los que conservan dentro de sí lo que aprendieron desde el principio (1 Jn 2,24).

G) SER SEMEJANTES A DIOS

Como el Señor es luz sin mezcla de oscuridad, seremos semejantes a él cuando Cristo se manifieste y le veamos tal cual es (1 Jn 3,2). Mientras tanto tendre-



mos que ser de aquellos que aman a sus hermanos, pues quien los odia no está en la luz. En cambio, el que ama a su hermano está en la luz (1 Jn 2,9.10).

5. Conclusión

En las cartas joánicas encontramos muchos elementos teológicos. Algunos de ellos tienen relación directa con el propio Dios, mientras que otros aluden al hombre en su referencia a Dios o a lo divino. Lo mismo que en el cuarto evangelio, aparecen el mundo y los seres angélicos que han sido inflie-

*Los que siguen
los mandatos del Señor
ejercen el verdadero amor,
a imitación del que Dios
nos dispensó al entregar
a su Hijo.*

les a Dios como las fuerzas que pueden tirar del hombre para conducirlo por la senda del mal. En cambio, además del cumplimiento de los mandatos divinos que se requiere para vivir la vida de Dios, se emplean expresiones semejantes a “nacer de Dios”, “venir de Dios”, “ser de Dios” o “vivir en la verdad” como algo del hombre que procede de Dios. Y que nos muestra cómo es el ámbito de la esfera divina. Los que siguen los mandatos del Señor ejercen el verdadero amor, a imitación del que Dios nos dispensó al entregar a su Hijo. Este murió por nuestros pecados y purificó nuestro corazón, llamándonos a la vida en él, una vida en la que debemos amar de corazón a los hermanos. Reconocer a Cristo como Hijo del Padre eterno, que nos da su Espíritu, y cumplir los mandamientos divinos, entre ellos el del amor a los hermanos, son exigencias que no pueden disociarse.

Se desvían de la senda de Dios los que no hacen suya la doctrina de Cristo, de suerte que su vida, más acorde con el sentir del mundo, es una vida dominada por el

pecado, aun en el caso de que algunos crean que están sin pecado. Los que, en cambio, se reconocen pecadores y tienen un concepto adecuado de

lo que Cristo significa para sus vidas, reciben de él el perdón de los pecados y la purificación, en orden a vivir en adelante una vida justa. Gracias al Espíritu que el Señor nos ha concedido sabemos que estamos en comunión con Dios. Se trata del Espíritu de la verdad, que hemos de distinguir del espíritu del error. Los que viven según la verdad, lo cual lleva consigo el cumplimiento de los mandatos divinos, viven la vida que Dios les ofrece y se disponen así a la vida eterna. Estas personas conservan en su interior la doctrina que han recibido desde el principio. No tienen de modo definitivo la vida eterna, pero la tendrán cuando Cristo se manifieste en gloria. Entonces verán a Dios y serán semejantes a él, porque alcanzarán a verlo tal cual es. ■

Pistas de trabajo

- 1 ¿Cuáles son las expresiones que hacen referencia al Maligno, al Anticristo y a los anticristos?
- 2 ¿Qué criterios de vida identifican las cartas con “el mundo”?
- 3 Comenta el punto 4 y concreta las raíces de conducta y los elementos que configuran la fe cristiana.